

Capítulo 283 - Encuentro inesperado.

El viento soplaba con la furia de los muertos. La nieve caía en copos densos, como si el cielo quisiera sepultar el mundo en un silencio gélido.

En la cima de la montaña, rodeada de pinos retorcidos y acantilados vertiginosos, se encontraba la Mansión Dragamir, una abominación gótica hecha de piedra negra, vidrieras demoníacas y gárgolas con expresiones que incluso el Diablo encontraría exageradas.

Era de día. Un día nublado poco común, donde el sol apenas se filtraba entre las nubes, pero aun así provocaba espasmos en los ojos de los habitantes del lugar.

Vergil subió con calma los últimos escalones del sendero helado, con su larga capa negra ondeando al viento. Las huellas que dejó se evaporaron segundos después, como si el mundo mismo no tuviera el coraje de recordar dónde había estado.

En la entrada principal, dos guardias vampiros temblaban de frío. Sus capas rojas ondeaban como banderas de una guerra olvidada, y sus ojos, protegidos por gafas oscuras —completamente fuera de temporada—, apenas disimulaban la incomodidad de la luz del día. Ambos llevaban sombreros anchos y desiguales en un patético intento de evitar el roce del pálido sol que se filtraba entre las nubes.

"Ahí viene otro", murmuró el primer guardia, un vampiro bajito y regordete con la voz arrastrada de alguien que había renunciado a la vida, o a la muerte, siglos atrás. "Siempre hay turistas góticos subiendo la montaña creyendo que se convertirán en vampiros con solo tomarse una selfi frente a la puerta..."





"Ese parece un lunático", respondió el segundo, alto y delgado, con un acento rumano tan marcado que parecía escupir consonantes. "Apuesto a que lee a Lovecraft en el baño e invoca a Cthulhu con té de hongos. Debería haber una visita guiada con una trampa mortal incorporada. Resolvería el problema en un santiamén".

"Esto va a ser interesante..." pensó Vergil.

Se detuvo frente a ellos; su presencia era tan silenciosa como opresiva. La capucha le cubría parte del rostro, la nieve se amontonaba perezosamente sobre los hombros y sus ojos brillaban con un destello de diversión apenas contenida. La expresión de aburrimiento que había mostrado durante la subida comenzó a resquebrajarse poco a poco, a punto de convertirse en algo peligroso... o hilarante.

El hombre gordo, sintiéndose en control de la situación, dio un paso adelante y levantó la mano con exagerada teatralidad.

Buenos días, ciudadano. ¿Sabe que este es territorio privado? Si viene a tomar fotos, vender enciclopedias o preguntar si tenemos tiempo para escuchar la palabra de Dios, por favor, baje de la montaña inmediatamente y trate de no resbalarse y morir.

El hombre delgado levantó su lanza con cómica solemnidad, el metal temblando entre sus dedos enguantados.

O simplemente diga su nombre y el motivo de su visita. Y que sea rápido. La claridad de hoy ya me ha provocado tres espasmos oculares y el inicio de una combustión espontánea.

Vergil los miró a ambos. Simplemente se quedó mirando.





Por dentro, se aferraba con todas sus fuerzas para no estallar en carcajadas, tan fuerte como para provocar una avalancha. La forma en que se comportaban... la absurda confianza... la patética teatralidad... era simplemente deliciosa.

Casi sintió pena.

—Genial, es un mudo misterioso. Maravilloso. Apuesto a que también lleva un grimorio y habla con el viento —resopló el hombre gordo, cruzándose de brazos mientras la nieve se acumulaba en la parte superior de su sombrero como crema batida fuera de lugar.

"Espera... Conozco esa cara...", dijo, frunciendo el ceño y mirando al cielo como si las nubes pudieran darle respuestas. "¿Dónde la vi...?"

"Probablemente no sea nadie. Solo un retrasado mental", dijo el hombre delgado con desdén, haciendo girar la lanza entre sus dedos como si fuera la batuta de una majorette.

Vergil no se movió. Simplemente los miró fijamente.

"Caballeros", dijo con calma, como quien le explica a un camarero que su pedido estaba mal. "Los mataré a ambos si no me dejan pasar. ¿De acuerdo? Tengo asuntos con su jefe".

"¡Cállate, estoy pensando!" gritó el hombre gordo, ahora con una vena palpitante en la frente, lo que era una hazaña curiosa para alguien que técnicamente estaba muerto.

Virgilio suspiró profundamente.





"¿Será que si lo tiro desde lo alto de la montaña... volverá rodando hasta el pueblo? Mmm... es posible...", pensó, con aspecto aburrido, casi filosófico.

"Oh, cómo odio tratar con gente estúpida", murmuró en voz alta, más para sí mismo que para ellos dos.

Ambos se giraron al mismo tiempo, con los ojos muy abiertos y los colmillos medio expuestos.

"¿Qué dijiste?" preguntaron al unísono, como un par de payasos a punto de recibir una bofetada cósmica.

Los dos vampiros se miraron un instante. El flaco apretó la lanza con más fuerza, y el gordo se mordió el labio inferior como si acabara de recordar una pelea perdida mil años atrás.



—Ya basta. Acabemos con este idiota antes de que vuelva a insultarnos —dijo el hombre flaco, avanzando a pasos rápidos.

¡Eso es! ¡Nadie les habla así a los guardias del Clan Dragamir! —añadió el hombre gordo, sacando una espada corta que llevaba atada a la espalda—. ¡Vamos a enseñarles lo que les pasa a los insolentes en las montañas de Transilvania!

Saltaban juntos en patética sincronía, como dos acróbatas de circo borrachos. La nieve se elevaba del suelo en remolinos, las sombras se alargaban con sus movimientos y, por un breve instante, pareció que algo glorioso estaba a punto de suceder.

Y entonces todo se detuvo.



El aire se congeló. Literalmente.

Ambos se detuvieron en el aire, como si el tiempo hubiera sido suspendido por un director de teatro cósmico. Las lanzas y espadas quedaron inmóviles. La nieve, que antes danzaba, se congeló en el aire como un cristal suspendido.

El aura.

Era sofocante, colosal, y fluía de Virgilio como un abismo que se abría en medio de una montaña. No era fuego, ni trueno, ni luz. Era pura presencia. Antigua, violenta e imperial.

Sus ojos brillaban de un rojo profundo y eterno.

—Hola, comediantes —dijo con una sonrisa perezosa—. Soy el maldito Quinto Rey Demonio.



La nieve circundante se evaporó. La montaña se estremeció levemente. El hombre flaco empezó a sudar... sangre.

"¿Quieres morir?" Los dos cayeron al suelo como sacos de patatas podridas. La lanza del flaco se rompió con el impacto, partiéndose por la mitad como una ramita seca. El gordo soltó un gruñido de pánico y, por un instante, pareció que iba a llorar allí mismo.

—¡A-ahora lo recuerdo...! —El hombre gordo abrió mucho los ojos, sacó su celular del bolsillo con manos temblorosas y empezó a pasar el dedo por la pantalla con la velocidad de quien busca el último pan en un apocalipsis zombi—. ¡Aquí! ¡Aquí! ¡Vergil Lucifer! ¡Rey Demonio!



Giró el dispositivo hacia su colega, como si eso les salvara el alma. En la pantalla aparecía una imagen de Vergil, de perfil, con expresión seria y los ojos entornados. Vestía la misma capa oscura y la misma mirada indiferente de antes.

Vergil frunció el ceño, se acercó y tomó el celular de la mano temblorosa del vampiro.

"Esta foto..." murmuró, analizando la imagen.

En la esquina de la pantalla estaba el nombre del perfil.

@katharina.lux.666

Foto publicada hace una semana. Título: "¿Rey o modelo? #MiRey #DemonioDeMiCorazón #VibracionesVergil"



Vergil suspiró profundamente. "Vaya... ni siquiera puedes tomarlo desde un ángulo mejor."

Devolvió el teléfono con una expresión de pura decepción artística. Luego se dirigió a la entrada de la mansión y comenzó a subir los escalones nevados.

Los guardias permanecieron inmóviles, como dos estatuas del terror recién descubiertas. «Si eres listo, finge que no exististe hoy».

Y con pasos lentos, Vergil desapareció por la puerta principal, como una sombra que el mundo no estaba preparado para enfrentar de frente.



Vergil entró en el castillo como quien va a comprar pan. Con las manos en los bolsillos, la capucha echada hacia atrás, los hombros relajados como si estuviera paseando por un parque. No se oía ningún sonido de sus pasos, ni siquiera sobre el impecable mármol antiguo. Su presencia... había desaparecido por completo.

En las sombras y en los largos y ornamentados pasillos, docenas de vampiros seguían con sus rutinas nocturnas, a pesar del sol. Algunos, elegantemente vestidos, paseaban con vasos de sangre como si fueran vinos franceses. Otros susurraban en lenguas antiguas, planeando juegos de poder o discutiendo qué tipo de humano sabía mejor con especias. Un grupo jugaba al póquer con dientes humanos en lugar de fichas. Y un mayordomo empujaba una bandeja con un cerebro aún latente sobre una bandeja de plata.

Virgilio pasó entre ellos sin ser detectado. Como un fantasma. Como un depredador entre depredadores que ni siquiera se daba cuenta de que ya estaba en la boca de la bestia.



Llegó al centro del castillo, donde la mansión principal se alzaba como un monumento al gótico exagerado: ventanas arqueadas, columnas negras, vidrieras rojas. Y allí, frente a la puerta principal de ébano y tallas demoníacas, Virgilio se detuvo.

Sus ojos se entrecerraron.

"Hm..." Lo sintió. Un aura.

Era intenso, palpitante. Una presencia poderosa estaba justo detrás de la puerta. No era como los demás vampiros del lugar. Era diferente. Elevado. Antiguo.

Virgilio sonrió.

"Por fin, algo divertido."

Antes de que pudiera siquiera llamar, la puerta se abrió violentamente, como si la hubieran abierto desde dentro. Una ráfaga de viento cargada de olor a sangre, rosas y huesos quemados inundó los pasillos. Las cortinas cercanas se alzaron como fantasmas en éxtasis.

Al otro lado de la puerta... emergió una figura.

Virgilio miró hacia arriba, medía 2,20 y aun así... ¿tenía que mirar hacia arriba?

—Oh... un hombre lobo —murmuró Vergil mientras analizaba al tipo que tenía delante.

La camisa a cuadros rota, los vaqueros manchados de tierra y sangre seca. Todo en él gritaba sobrenaturalismo alabamiano. Pero hubo algo más que realmente llamó la atención de Vergil.

Sus ojos salvajes.

La cicatriz en su pecho.

La rabia que parecía hervir bajo su piel como si la bestia estuviera a sólo un segundo de salir.

"¿Quién carajo eres?", gruñó el hombre, dando un paso al frente. Pero antes de que pudiera terminar la frase, un impacto monstruoso lo lanzó hacia atrás.





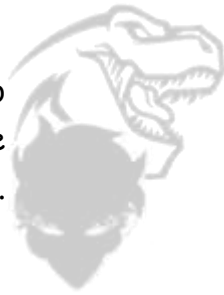
El hombre lobo atravesó la pared como un proyectil, destrozando columnas, muebles y candelabros antiguos. Vergil ni siquiera se movió. Solo levantó una mano.

"Tsk..." Vergil chasqueó la lengua y miró a su alrededor, aburrido.

Vine a matar al cabrón que me molestó en el hotel. Pero parece que encontré a un imbécil aún mejor al que aplastar.

La furia empezó a crecer en él. Lentamente, como una tormenta negra formándose en el horizonte. El aire se volvió denso. Las llamas de las antorchas en las paredes parpadeaban. Algo antiguo, primitivo, comenzaba a tomar forma.

De entre los escombros, el hombre lobo se levantó con dificultad, escupiendo sangre. Su boca estaba ahora llena de colmillos. Sus ojos estaban rojos de pura rabia. Su pecho subía y bajaba. Pero... se detuvo al oír la siguiente línea.



"Tú..." empezó, vacilante. "¿Quién carajo...?"

—Tienes una cicatriz en el pecho —lo interrumpió Vergil, con la mirada fría como el hielo—. Un zarpazo... de otra bestia. ¿No?

El aura a su alrededor explotó.

El suelo empezó a agrietarse. Las ventanas cercanas estallaron en pedazos. Las corrientes de energía apenas contenidas recorrieron los pasillos como serpientes de oscuridad.

Eres el hermano de Alexa, ¿no?

Silencio.

El hombre lobo se quedó paralizado. Sus ojos se abrieron de par en par. Sus pupilas se dilataron como si algo hubiera partido el mundo en dos justo delante de él. El nombre... ese nombre... resonó en su mente como un tambor de guerra.

"¿Quién carajo eres tú?" gruñó, su voz teñida de algo entre ira y miedo que ni siquiera él entendía.

Virgilio lo miró fijamente. Sus ojos estaban rojos, como brasas. Sin vacilación. Sin pestañear.

"Su maldito marido."

Y entonces vino el golpe.

En un instante, Vergil desapareció. Al siguiente, su puño ya atravesaba el pecho del hombre lobo con tanta fuerza que el mundo pareció detenerse.

Un rugido atronador recorrió el cielo mientras una ola de energía negra explotaba en todas direcciones, destrozando paredes, columnas y el techo. La mitad de la mansión simplemente dejó de existir, consumida por un impacto tan abrumador que incluso la nieve circundante se evaporó en un radio de cincuenta metros.

El suelo tembló.

Las montañas a lo lejos gimieron.





JabraScan
RexScan



Traducción : Leo

Y bajo los escombros, todo lo que quedaba era un silencio sepulcral... y Vergil, de pie en medio de la destrucción, con los puños aún apretados.

—Ven aquí, basura —gritó Vergil antes de que un enorme aullido resonara por toda la montaña.

